

Los restos de un naufragio

*Diario 16/
1-abril-81*

Música parte del axioma de que «desde que España entra en la era contemporánea, el sobresalto ha sido la ley de su historia y el sosegado convivir la excepción», para concluir con una serie de preguntas cuya respuesta puede suponer una ruptura con esta dinámica histórica.

Afortunadamente, los españoles alcanzamos, al fin, la sartriana edad de la razón. Se depusieron actitudes extremas, se alentaron talentos conciliadores, se desarmaron visceralidades, en orden a la necesaria convivencia.

El resultado fue el consenso para forjar un código de libertades en el que todos los ciudadanos se reconocieran y que, al amparar planteamientos válidos, no se vulnerara la defensa de los más distintos intereses. Estrictamente quienes obstaculizaban la democracia en la unidad nacional por medios violentos no eran protegidos. Si, por el contrario, imprecados por la conciencia colectiva y sancionados por el ordenamiento penal.

Pues bien, como consecuencia de esto, desde el siniestro periodo fernandino, desde el atormentado albor de la España contemporánea, nunca ha existido mayor cohesión, desde plurales sensibilidades, en la aceptación de las instituciones libres y de las ideas que, generosamente, las sustentan.

Súbditos y víctimas

Sin embargo, la incidencia de la crisis económica en la reflexión de algunos, la vinculación de otros a nostalgias autoritarias, el temor de terceros a la impugnación de privilegios y el desmedido fanatismo de quienes no soportan la idea de España como nación una y diversa, todos ellos minoritarios, promovieron la crítica a la labor realizada por las Cortes generales. ¿Que se pudo mejorar? Naturalmente. Mas a la vista de lo conseguido, cualquier alternativa es tosca o cruel, y conduce a la degradación de los ciudadanos a nivel de súbditos, en el mejor de los casos; de víctimas, en el peor.

Esta hostilidad se explica al no percatarnos de algo importante, y al no proceder en consecuencia: que la andadura de la nación y de la gran mayoría de sus habitantes hacia fronteras en las que los derechos pudieran ejercitarse con ejemplaridad, marginaba como flecos a los que no dedicamos atención suficiente a movimientos y plataformas que si nacidas en el régimen anterior nos parecían excrecencias que desaparecerían, con naturalidad, en la nueva situación.

No obstante, la extrema derecha continúa pensando en los luceros que ilumina-



«La aproximación folklórica a Europa nos convirtió en la sala de fiestas del Mercado Común.»

ron, torpemente, los siniestros paredones. El otro extremismo emplea el terrorismo como monstruoso instrumento. Cada cual es el mono del otro. Diversos por sus impulsos, se identifican por sus acciones. Y siempre, bien como provocadores de dictaduras o como empresarios de las mismas, intentan imponernos su ley brutal.

Mascarón de proa

Creamos que eran los restos, a deshacer, de un naufragio. Y, en realidad, lo son. Solamente nuestro temor pudiera transfigurar los restos en feroz mascarón de proa. Su fuerza, en este supuesto, dependería de que mostráramos debilidad. Seamos, por consiguiente, responsablemente fuertes en esta esperanzada singladura española.

La ruptura con las instituciones y las ideas absolutistas del antiguo régimen, que se inició en Francia y se propagó al resto de las naciones europeas, no estuvo exenta de violencia.

Se trató de mantener por la fuerza privilegios que durante varios siglos confundieron lo nacional con lo patrimonial, mas la sociedad que pugnaba por romper el cerco estamental no sólo demandaba mayores cotas de libertad y justicia, sino también había cobrado empuje para imponerlas. En el choque fueron derrotados los grupos empeñados en el mantenimiento en unos intereses, que, al contradecir frontalmente las exigencias de la modernidad, se revelaron como anacronismos.

Sin embargo, al cabo de cierto tiempo, la plenitud constitucional fue acatada por todos, y la dialéctica de los puntos de vista contrapuestos se sostuvo sobre el fundamento de las distintas interpretaciones del texto fundamental.

Persistieron tensiones, mas la crispación no se envió en el cruel desgarramiento de la contienda civil. Las naciones europeas combatieron entre sí, pero no se

enfrentaron bélicamente en su interioridad misma. España fue la excepción.

Guerras intestinas, cantonalismos indeseables, pronunciamientos más o menos cruentos fueron, entre otros, nuestros signos de identidad. El esfuerzo de los sectores renovadores por incorporar el país al concierto de los pueblos tolerantes chocaron con las resistencias de quienes disponían de poderes suficientes e irracionales intransigencias ideológicas.

La última guerra civil y el régimen impuesto por los vencedores nos unió en un particularismo morbos, solamente aliviado en sus postrimerías por la resistencia obrera, la contestación intelectual y la aproximación folklórica a Europa, que merced al turismo nos convirtió en la sala de fiestas del Mercado Común.

Tras la muerte del general Franco se avecinó una situación insólita. No fue el primer día del mundo, pero la historia hizo, atónita, una pausa. ¿Continuaría imperterrita la derecha su dominio sin quiebra? ¿Proseguiríamos la izquierda con un testimonialismo digno de mejor causa? ¿Seguiría aquélla vinculada al terco esfuerzo de abroquelarse en el pasado como si del presente se tratara? ¿Ibamos nosotros a porfiar por un futuro tan luminoso como incierto, desdeñando las posibilidades sugeridas por el ahora en que nos encon-